

der. Su carrera se reavivó, no obstante, cuando el general López de Santa Anna, hombre fuerte de México durante dos décadas, le elevó al cargo de Secretario de Relaciones Exteriores, cargo que ya había ocupado en ocasiones anteriores, y que le permitió en esta ocasión llevar a cabo una fecunda labor administrativa. Pudo entonces

realizar su sueño de abolir el federalismo, cuando, en abril de 1853, elaboró las bases para la administración de la República. Dos meses después fallecía, a los 60 años de edad, desapareciendo con él una de las mentes más preclaras en el México de su tiempo.

ANDRÉS GAMBRA GUTIÉRREZ

Juan AVILÉS, José Manuel AZCONA y Matteo RE (eds.), **Después del 68: la deriva terrorista en occidente**, Madrid: Silex, 2019, 631 p., ISBN 978-8477379959

La historiografía europea ha avanzado notablemente en el estudio parcial del terrorismo de los años setenta y ochenta. Como bien indican los autores, el conocimiento sobre bandas terroristas como ETA en España, las Brigadas Rojas en Italia o el IRA irlandés es amplio, al disponer ya de una literatura científica abundante y de calidad. Pero faltaba una obra que permitiera un análisis de conjunto. Este libro cumple esa función, y lo hace con precisión, calidad y exhaustividad. Pero todavía más importante que lo que la obra demuestra, desde el alto número de muertos que esa oleada terrorista produjo en Europa, en especial en Italia, España y el Reino Unido, hasta el carácter global del fenómeno, es el notable intento de encontrar sus fundamentos ideológicos y las raíces, desvirtuadas según los autores, de los mismos en ese magma de revolución cultural que el mundo occidental experimentó desde la segunda mitad de los años sesenta, con su representación icónica en el Mayo francés del 68.

El libro, sin embargo, permite extraer una importante conclusión: y es que, a pesar de ese complejo y confuso revolucionarismo genéricamente de “izquierdas” que tuvieron la mayor parte de las bandas terroristas que surgieron en esos años, el terrorismo más sangriento y activo siguió respondiendo a razones étnico-nacionalistas, aunque combinadas con esa nueva fuerza que representó el socialismo revolucionario. Los estudios sobre el IRA o la ETA lo demuestran de forma convincente, introduciendo una interesante argumentación que permite comprender las razones por las cuales ese terrorismo nacionalista-separatista alcanzó enorme fuerza en el Reino Unido y España y, sin embargo, tuvo muchas mayores limitaciones en los casos de Escocia, Cataluña, Bretaña o Córcega. Se señala solamente como ejemplo de la enorme complejidad del fenómeno estudiado por los autores y la imposibilidad de caer en determinismos o prejuicios desenfocados.

En términos generales, el libro abre un conjunto de reflexiones de muy hondo calado, y lo hace desde una posición científica encomiable. La primera es la difícil relación existente entre ese proceso global de cambio que el mundo occidental vivió a finales de 1968, y que, como también se señala en la obra, verdaderamente cambió el mundo, abriendo sendas de mucha mayor libertad y autonomía personal, de mayor reconocimiento de la diferencia y las identidades, de una nueva preocupación por la paz y el bienestar de las personas; y la deriva terrorista que siguió a lo que se creyó una revolución idealista y humanista. Como se señala reiteradamente en las páginas de las distintas partes que componen la obra, fueron relativamente muy pocos los que asumieron esa deriva revolucionaria terrorista, pero todos ellos se alimentaron de un estado emocional de confusión revolucionaria que creyó que podía transformar el mundo por las armas. ¿No lo habían hecho el castrismo cubano o el vietnamita Ho Chi Minh? En realidad, uno de los elementos más relevantes de reflexión que proporciona este estudio es, precisamente, el poder de lo que podríamos denominar una antiglobalización anticipada, o, si se prefiere, una globalización revolucionaria simbólicamente imaginada, la dimensión transnacional tan presente a lo largo de los distintos capítulos, y que había cambiado sus referentes esenciales. El mundo rígido, previsible y extraordinariamente encorsetado de la Guerra

Fría había establecido el predominio absoluto de dos modelos: el liberal occidental y el comunista soviético; y la mítica impuesta por sus dos grandes referencias, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Frente a este esquema simple, esta preglobalización revolucionaria comenzó a imaginar un mundo (re)construido desde la periferia. Y no sólo eso, sino que su tradicional centro de poder debía reconvertirse bajo los nuevos liderazgos representados, en esa imaginación mítica revolucionaria, por la China maoísta, por la liberación nacional de los pueblos que encarnaba el líder norvietnamita, o por esa auténtica recreación idealista que la izquierda revolucionaria europea, y aun norteamericana, hizo de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. Principalmente del triunfante castrismo cubano y su mito publicitario el Ché Guevara, en acertada metáfora acuñada en el poderoso libro de los canadienses Joseph Heath y Andrew Potter, *Rebelarse vende, el negocio de la contracultura*, publicado en 2004. Pero también de esos otros grupos como los montoneros argentinos, los tupamaros uruguayos o las FARC colombianas. Se puede hablar, incluso, de una verdadera “latinoamericanización” o “periferización” de la izquierda revolucionaria europea, cuyos reflejos son todavía visibles en la actualidad.

Esos nuevos referentes globales no dejaban de expresar la creciente tensión iliberal que estaba experimentando una parte de la izquierda

europea. Por eso es oportuno acudir a Immanuel Wallerstein cuando afirmaba que el 68 había sido una revolución antisistémica protagonizada por una nueva izquierda contra la vieja izquierda sistémica. En realidad, la vía terrorista tenía mucho de frustrada apuesta por acabar con esa vieja izquierda socialista y comunista que a ojos de estos nuevos grupos habían abdicado de su función transformadora. Creyeron que solo la violencia podía crear nuevas condiciones revolucionarias, y la violencia les convirtió en dolorosos, execrables y residuales grupúsculos políticos que fueron engullidos en los años noventa por la fuerza de la globalización liberal y la nueva valorización de la democracia liberal, transformada en eslogan del fin de la historia, en palabras de Francis Fukuyama.

Como ejemplifican especialmente los casos alemán, italiano, portugués o el español del GRAPO, este revolucionarismo de extrema izquierda se articuló retóricamente como un nuevo movimiento liberador frente al capitalismo, denunciado como un sistema de poder alienante y polarizador que, desde su óptica, creaba unos perdedores absolutos que solo se emanciparían a través de un proceso de contestación revolucionario y violento. Pero no existe una alternativa programática frente al sistema capitalista, más allá de un inconsistente neocomunismo carente de la fuerza racional y estructurada del viejo marxismo. Porque, en realidad, la economía no era un objeto real de reflexión, más allá de los tópicos de re-

forma agraria y de poder de los trabajadores. Los nuevos grupos terroristas eran, esencialmente, grupos políticos, cuyo objetivo esencial era crear procesos políticos de confrontación, es decir, de acción/reacción frente al poder y a los principios de autoridad establecidos.

Un último elemento a considerar, dado lo limitado del espacio disponible, de los muchos elementos de reflexión que aporta esta magnífica obra: el papel de los intelectuales. Hace ya algunos años un liberal radical como Robert Nozick se preguntaba por qué los intelectuales europeos y norteamericanos se mostraban, en general, tan contrarios al capitalismo e, incluso, a la formalidad de la democracia liberal. Indudablemente el 68 francés marcó un hito en la influencia social de los intelectuales, no solo a través de su relevancia dentro de los ámbitos universitarios, sino muy especialmente, por su nueva vertiente de líderes mediáticos de opinión. Cabe recordar que el propio Jean Paul Sartre fue el fundador del diario *Libération* en 1973. Los intelectuales tardaron demasiado tiempo en plantearse la profunda pérdida de libertad que ese izquierdismo revolucionario planteaba. Y tardaron también en exceso, salvo contadas excepciones, en ser capaces de oponer un argumentario sólido y solvente frente a esta deriva violenta de la izquierda, incluyendo a la izquierda nacionalista. Demasiados límites, demasiada tibieza y demasiada retórica tendencialmente exculpatoria. El resultado fue su contribución

al arraigo social de algunos de estos grupos terroristas.

En definitiva, se trata de una aportación esencial en la historiografía del terrorismo. Pero sobre todo de la génesis ideológica de esa oleada terrorista que sacudió esa Europa que tras el terremoto del 68 había vuelto a una quietud conservadora, pronto transformada en una auténtica revolución conservadora. Y no olvidemos que si bien una de las metas esenciales de la misma fue acabar con la polarización de la Guerra Fría, o dicho de otra forma, acabar con el prestigio e influencia del comunismo soviético, otra de las esenciales fue revertir ese marco cultural convertido en hegemónico tras el 68. Éste pudo ser, de

hecho fue, un fracaso en términos políticos, pues ninguna formación de esa Nueva Izquierda alcanzó en ningún lugar el poder, y ni siquiera se aproximó a él. A pesar de ese fracaso político, resultó una verdadera revolución cultural triunfante. Pero como dicen los autores, no cabe hacer una relación causa/efecto directa, simplista y determinista. La Historia nos habla siempre de complejidad. Y en este caso más aún. Porque aunque en cierta medida esa revolución imaginada animó una verdadera ideología de la violencia, no por ello puede oscurecerse el camino de libertad que abrió en muchos ámbitos fundamentales.

JUAN CARLOS JIMÉNEZ REDONDO

Alessia CASSANI, María José FLORES REQUEJO y Giovanna SCOCOZZA (ed.), **Estudios hispánicos contemporáneos**, Bogotá: Penguin Random House, Universidad Católica de Colombia, Università degli Studi di Salerno, 2018, 306 p., ISBN: 978-958-9219-59-1.

Siguiendo una arraigada tradición universitaria, el presente volumen constituye el homenaje de discípulos y colegas a la dilatada y fecunda trayectoria de Luis de Llera Esteban, hispanista e historiador, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, y académico de número de la Real Academia de Extremadura de las Artes y de las Letras, quien ha desarrollado su labor docente e investigadora en diversas universidades italianas. Su contribución a los estudios culturales sobre la España contemporánea, desde el romanticismo hasta la transición de-

mocrática, ha resultado fundamental, como bien ponen de relieve la “Presentación”, a cargo de Antonio Scocozza (p. 13-17), y la afectuosa semblanza, “Acusatio manifesta”, de José Andrés-Gallego (p. 19-22), que, junto a la evocación y poema de Milagrosa Romero (“Homenaje”, p. 23-27), sirven como pórtico a esta obra colectiva.

A su vez, los trece trabajos que constituyen el cuerpo central del libro, y que han sido elaborados por sendos profesores e investigadores, pertenecientes a distintas universidades italianas (con la única excepción